

Las transfiguraciones del capitalismo en América Latina

SERGIO DE LA PEÑA

RUPTURAS Y REFLEXIÓN

LAS GRANDES CONMOCIONES del capitalismo mundial en los años ochenta pusieron en entredicho explicaciones y teorías. Es natural, puesto que cambió en numerosos aspectos fundamentales su forma de reproducción y las relaciones comerciales, financieras y tecnológicas. En América Latina, del pascmo y la parálisis frente a los efectos de la crisis, y de las políticas que han aplicado los gobiernos de la región, por voluntad propia o ajena, se pasa al cuestionamiento, a la crítica.¹ El esfuerzo es por perfilar opciones viables.

Los proyectos alternativos demandan concepciones claras de las transfiguraciones que ha sufrido el capitalismo, pero no se logran formular del todo.² No hay elementos suficientes para sustentar la nueva crítica de la economía política, sobre todo porque no acaba por definirse plenamente la nueva economía política del capitalismo. Tal vez ni siquiera se han terminado sus transformaciones mayores.

Éstos son momentos de precisar en dónde estamos y hacia dónde vamos, a fin de que América Latina recupere su creatividad teórica.³ Es tiempo de hacer el recuento de los daños y cambios sufridos para reconocer las opciones que existen y responder a los retos que se plantean en la actualidad. Hay posibilidades. Así lo indica la reflexión creciente que se hace en la región sobre sus destinos.⁴

¹ Entre muchos otros documentos que recogen esfuerzos iniciales definitorios de opciones en este sentido, destaca el de CEPAL, *Crisis y desarrollo: presente y futuro de América y el Caribe*, Santiago, 1985, y *El desarrollo de América Latina y el Caribe: escollos, requisitos y opciones*, preparado para la Conferencia Extraordinaria, México, 19 al 23 de enero de 1987. Entre las proposiciones que se han planteado como soluciones se tiene la discusión recogida por CEPAL en la *Revista de la CEPAL* número 34, dedicada al tema del neoestructuralismo, Santiago de Chile, 1988.

² Sobre el reconocimiento del importante tema de los diagnósticos de los desequilibrios y políticas de estabilización, destaca la compilación de José Luis Alberro y David Ibarra, *Programas heterodoxos de estabilización*, número extraordinario de la serie *Estudios Económicos*, El Colegio de México, México, 1987, así como Edward Amadeo *et al.*, *Inflación y estabilización en América Latina. Nuevos modelos estructuralistas*, Tercer Mundo Editores, Colombia, 1991.

³ Véase al respecto Cristóbal Kay, *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, Routledge, Londres, 1989.

⁴ Véanse, por ejemplo, las reflexiones que al respecto se hacen en CEPAL, *Hacia un desarrollo sostenido de América Latina y el Caribe: restricciones y requisitos*, serie Cuadernos de la CEPAL, núm. 61, Santiago de

Las grandes transformaciones del capitalismo han dejado de ser sorpresa para convertirse en vida cotidiana. Se ha avanzado en la conceptualización de los cambios en los aspectos estructurales del capitalismo, lo cual permite apreciar lo que ha pasado correlativamente en América Latina.

LA TRANSFORMACIÓN DE LA RELACIÓN CAPITAL-TRABAJO

La transformación del capitalismo en el mundo consiste en una alteración extensa de la relación fundamental entre el capital y el trabajo, debido a la modificación simultánea de ambos términos. Tal vez el aspecto de este cambio que ha sido objeto de más atención es el de las transformaciones tecnológicas por la incorporación de nuevos ingenios, procesos, materiales y formas de organización.

Del lado del capital, el recuento de los cambios es extenso. Está desde luego la modificación de las relaciones de propiedad por efecto de la privatización masiva de activos públicos que ha sucedido en el mundo. También insoslayable es la internacionalización del capital, su concentración y centralización, que alcanzan niveles y formas insólitos.

En el aspecto material, hubo la destrucción y reconstrucción de una masa inmensa de valor en la planta productiva mundial. Convertida en chatarra por el cambio tecnológico, dio paso a nuevas instalaciones, máquinas, equipos e infraestructura, dentro de lo que se ha denominado genéricamente la reconversión industrial del mundo desarrollado, que en algunos casos, como Alemania y sobre todo Japón, ya llevan varias reconversiones desde finales de los años setenta. De hecho, esta destrucción y reconstrucción de valor han sido parte fundamental de la salida a la crisis, y del tránsito a un capitalismo superior.

La transfiguración del capital ha supuesto la alteración en algún grado de las proporciones en que entran sus diversas fracciones y formas en la gestión económica, y desde luego sus funciones. Ninguna actividad económica ha escapado de este ajuste general. Con la introducción de nuevas tecnologías, se transformó el capital constante en su composición, cuantía, ciclos de circulación y frecuencia de obsolescencia. También el capital variable se ha modificado en cada caso en composición y volumen relativo. Y al mismo tiempo, se alteró grandemente la relación entre el capital comprometido en las fases productiva, comercial y financiera de los procesos económicos.⁵

No han sido menos extensas y profundas las conmociones que han tenido lugar del lado del trabajo. Y no es para menos, puesto que se han redefinido sus funciones al modificarse las relaciones de producción. Se le demandan nuevas aptitudes y rutinas de acuerdo con las particulares exigencias que imponen los medios de

Chile, enero de 1989, así como en CEPAL, *Internacionalización y regionalización de la economía mundial: sus consecuencias para América Latina*, Santiago de Chile, septiembre de 1991.

⁵ David Harvey, *The Conditions of Postmodernity*, Basil Blackwell Ltd., Oxford, 1989.

producción rediseñados, la reorganización de las tareas, y los tiempos y movimientos de los nuevos procesos. Es el caso de los sistemas de calidad total y “justo a tiempo”, o la tecnología de control numérico, para mencionar algunos de los más estudiados.

A medida que se introducen transformaciones del capital, ha cambiado la inserción del trabajo en los nuevos procesos. Son otros los requerimientos de trabajadores que conllevan los nuevos equipos, maquinaria y procesos, en número y aptitudes, en movilidad entre labores y disposición para ajustarse a las exigencias productivas.

Constituyen las exigencias, de hecho, nuevas disciplinas laborales que están alterando severamente las estructuras del trabajo y laborales. Lo cual se expresa en los términos contractuales insólitos que imponen la lógica de la flexibilidad en el trabajo, y la inflexibilidad en reducir su costo directo y en prestaciones, y ajustar los derechos de permanencia en el trabajo, huelga y sindicalización a las nuevas necesidades del capital y de la competencia mundial.

Lo cual significa que está ocurriendo un inmenso reciclamiento ocupacional mundial en todos los sentidos, sea en la definición de puestos y labores, de exigencias de aptitudes y talentos, de movilidad mayor de labores, entre sectores y países. Ha tenido lugar una redefinición extensa de las disciplinas laborales, y una imposición con sorprendente facilidad ante el pasmo y disolución de las defensas laborales. Y crece la desocupación funcional propia de las nuevas relaciones de producción.

LOS CAMBIOS EN LAS RELACIONES SOCIALES

El cambio en las relaciones entre capital y trabajo, y en las de producción, han redefinido las clases sociales y las relaciones que establecen entre sí y con la sociedad.⁶ En efecto, todos los elementos económicos que perfilan a las clases trabajadoras se han modificado, como los procesos productivos, las tareas de los trabajadores y su inserción en el quehacer económico. A su vez, han cambiado el campo y la forma de actuación de los empresarios, por las extensas y diversas transfiguraciones cuantitativas y cualitativas del capital. Parte de esta redefinición consiste en las nuevas relaciones de dominación que se van delineando en el mundo.

Desde luego, el cambio en la estructura y relaciones de las clases sociales ha modificado el papel y funciones del Estado, las relaciones sociales, políticas y culturales, en fin: ha conmovido a toda la sociedad. La oleada de reformas estatales que recorre al mundo responde a las tareas de desmontar el régimen social anterior

⁶ Una renovación de la discusión en torno a conceptos de clases sociales y su utilización para el análisis de la realidad social latinoamericana ha sido emprendida por Víctor Manuel Durand y María Angélica Cuéllar, *Clases y sujetos sociales. Un enfoque crítico comparativo*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1989.

y construir las bases del neoliberalismo, entre las que destaca definir y hacer cumplir las nuevas normas de la relación entre capital y trabajo.

EL CAPITALISMO EN AMÉRICA LATINA

Es necesario hacer un recuento de lo que ha cambiado el capitalismo en la región desde mediados de los setenta, y hacer el balance de lo que se perdió y ganó en el percance, identificar las tendencias, las variables e invariantes de la nueva situación, y la redefinición de funciones y procesos. Se requieren datos firmes para fundar opciones, y de no haberlas, para apreciar el espacio restringido mundial que se nos pretende asignar.

Pero hay que insistir. No es posible hacer un recuento completo de lo que ha pasado en los países subdesarrollados, porque así como no han terminado las transfiguraciones del capitalismo en la región desarrollada, mucho menos lo han hecho en su lado oscuro, la región atrasada. En consecuencia, está en disputa la interpretación de los acontecimientos, la apreciación de las rupturas y reconstrucciones, de los desplazamientos y renovaciones que constituyen el vasto ajuste que ha tenido lugar. Poco se sabe, y menos aún, hacia dónde se dirige el capitalismo remozado. Tampoco de los caminos que habrá de seguir para procurar su destino. Por eso, el ejercicio de apreciación que se impone hacer es tan obligado y urgente cuanto incierto.

DEL SUBDESARROLLO DE LOS SETENTA AL ATRASO DE LOS NOVENTA

La gran conmoción capitalista sorprendió a América Latina, en la segunda mitad de los años setenta, dentro de la desolación de la convicción de que había pocas esperanzas de cerrar la brecha con los países desarrollados. Para entonces, se desechaban las expectativas de industrialización por la vía de la sustitución de importaciones, que orientaron el esfuerzo del desarrollo desde la post-guerra, pero no se formulaban alternativas. El nacionalismo económico estaba sujeto al creciente asedio del liberalismo, gracias al flanco que abrieron a las presiones externas los países de la región, en la medida en que se endeudaron intensamente.

Se vivía, como en todo el mundo, la anemia de las políticas keynesianas y su pérdida de vigor para la regulación de las principales variables económicas. Consecuencia imprevista de la creciente alteración de las relaciones económicas mundiales, a partir de la ruptura de las normas de Bretton Woods en 1971, y de la consecuente cancelación o erosión de las posibilidades de compensar los desequilibrios entre los agregados económicos con un instrumental diseñado para otra realidad.⁷

⁷ Véase el ensayo de Kregel Jan, "La teoría de Keynes y la política económica para los años 80", *Análisis*, núm. 16, vol. IX, enero-abril de 1991, UAM-A.

Cambios no faltaron en los ochenta por efecto de las políticas de ajuste y la devastación de la nueva competencia mundial. El balance que hoy se puede hacer muestra adaptaciones, pero sobre todo retrocesos importantes en la planta productiva de la región, e incluso hay evidencias de desindustrialización en algunos casos. También hay avances, pocos. Sobre todo en la capacidad para exportar manufacturas, que se debe tanto a la reconversión de algunas industrias cuanto a la desvalorización generalizada del trabajo y de los bienes y servicios exportables.

Para apreciar la situación latinoamericana y sus perspectivas, sirve compararla con la de un grupo de países que sean, en cierta medida, su referente histórico inmediato. Que por cierto no son los países desarrollados. Para tal objeto se dispone de una variedad amplia de indicadores.⁸

La comparación deseable es con un conjunto de países que sea tan heterogéneo como el latinoamericano, de industrialización incipiente o media, y que se encuentre en transición hacia un capitalismo más desarrollado. Es conveniente incluir en aquel conjunto algunos de los países que marcan el paso en materia de competencia mundial en varios rubros. Para fines ilustrativos, se pueden usar los indicadores y la agregación de países propuestos por Fajnzylber para un propósito similar.⁹

No se propone esta comparación pensando en paradigmas, sino para apreciar de alguna manera la diferencia de perfiles que existe, y el esfuerzo que se requiere para llevar a cabo transformaciones en los países subdesarrollados viables, con posibilidades de sobrevivir y prosperar en la gesta capitalista actual, ya no digamos para alcanzar a los países desarrollados. El grupo de comparación tiene, para nuestro objetivo, el sentido de servir de “países testigo” (véase cuadro).

La comparación demanda tomar precauciones. Ninguna de las cifras anteriores, y menos aún el contraste entre ambos grupos de países, tiene sentido como medida cuantitativa de la diferencia. Su utilidad es que, en conjunto, delinear perfiles de diferencias estructurales, que tal vez tendrán que disminuirse para simplemente reconvertir el viejo subdesarrollo latinoamericano en un atraso operativo dentro del nuevo capitalismo.

Con estas advertencias se pueden destacar las diferencias de perfiles que se habían alcanzado hacia mediados de los años 80 entre América Latina y el conjunto artificial de los países testigo. Destaca en este sentido el elevado endeudamiento externo que tanto se ha comentado (79% del PIB en América Latina, *vs.* 38%), y la correlativa deficiencia en la tasa de ahorro interno (16 y 28%).

Igual de interesante es destacar la diferencia en cuanto a la estructura industrial (19% del PIB regional *vs.* 33%), y el menor peso de las ramas estratégicas dentro

⁸ Véanse, por ejemplo, OECDE, *Les principales économies en développement et l'OECDE*, París, mayo de 1988; Banco Mundial, *World Development Report*, Nueva York, varios años, ONU, *International Trade Statistics*.

⁹ Fernando Fajnzylber, “De la caja negra al casillero vacío”, en *Cuaderno de la CEPAL*, núm. 60, Santiago de Chile, enero de 1989.

del conjunto de la industria (17 y 31%), que informan de la escasa transformación estructural de la industria. Y desde luego, está la modesta participación de las manufacturas en las exportaciones (10 y 18%), aunque ha cambiado en fechas más recientes. Muy importante es, en este sentido, la diferencia en el desequilibrio de la balanza externa de manufacturas, medida como relación entre importaciones y exportaciones de este tipo de bienes (0.3 y 1%).

INDICADORES DE AMÉRICA LATINA Y PAÍSES EN DESARROLLO
1985-1986

<i>Indicador</i>	<i>América Latina</i>	<i>Países Testigo</i> ¹
Deuda externa/PIB	79.0	38.0
Ahorro interno bruto/PIB	15.7	27.9
Inversión directa extranjera/PIB	10.9	3.0
PIB industrial/PIB total	19.4	33.1
PIB metalmec. y química/PIB manufacturero	16.9	31.4
Exportación manif./VBP manif.	10.0	18.2
Manufacturas. Export./import.	0.3	1.0
Cambio estructural industrial ²	15.0	21.3
Exportaciones "nuevas" (%) ³	7.0	27.8

FUENTE: División CEPAL/ONUDI de Industria y Tecnología con base en World Bank, *World Development Report 1988*, Oxford University Press, Nueva York.

¹ Incluye Taiwán, Corea del Sur, Tailandia, España, Hungría, Yugoslavia y Portugal.

² Indicador de cambio en la estructura sectorial manufacturera en 1970-85. Elaborado por ONUDI.

³ Participación de exportaciones "nuevas" en el total.

De particular significación son los indicadores de los perfiles tecnológicos de ambos grupos de países. Éstos son el resultado de relaciones complejas de orden económico, social y cultural. Se expresan en parte en el contenido tecnológico de la exportación (7 y 28%). Junto con los indicadores de cambio estructural de la industria (15 y 21%), convocan la atención a que se requiere un inmenso esfuerzo de acumulación para ponerse al día. Lo cual hace obligatoria la reflexión acerca del probable papel diferente que tendrá la inversión directa extranjera en las necesi-

dades de la transformación (11 y 3%). O sea, hay una proporción mayor de inversión externa en la región, y se requerirá aún más, pero estos volúmenes inmensos de capitales externos serán imposibles de obtener a menos que se haga un esfuerzo formidable de ahorro interno.

El problema no se reduce a uno de formación de capital tangible reproducible, por importante que sea. La acumulación remite al sentido más amplio de transformaciones económicas, tecnológicas, administrativas, de talento gerencial, y sobre todo de preparación y capacitación de la fuerza de trabajo, y de educación; y organizativas de la sociedad, la modernización y ajuste del Estado y las estructuras políticas, para ampliar la capacidad de producción y de competencia en las condiciones actuales.

LA INCOMPETENCIA ESTRUCTURAL

Pero el anterior es sólo el corte transversal y la comparación hacia mediados de los ochenta. Lo que ha sufrido América Latina en la década perdida e inolvidable de traumas, por la nueva dimensión de la miseria, la inutilización de grandes fragmentos de su capacidad productiva, su marginación de los intercambios mundiales, y las humillantes intervenciones armadas, está más que documentado.¹⁰ Basta para ello evocar los retrocesos de los salarios reales y del nivel de vida, de la ocupación y el deterioro de servicios públicos, del equipamiento material, de la educación y atención a la salud. El deterioro de las condiciones de vida ha estimulado la formulación de soluciones, o al menos alivios, pocas veces procurados por los gobiernos e instituciones internacionales, y no siempre eficaces.¹¹

Al mismo tiempo, el desarrollo capitalista tomó un rumbo que dejó de lado en gran medida a la planta productiva latinoamericana. Ésta sufrió un golpe repentino de obsolescencia por el cambio del capitalismo. Lo que se agravó aún más por el destino que sufrió gran parte del parque industrial y de la infraestructura económica, sometidos a severa decadencia.

Porque tampoco se dio en los ochenta, sino excepcionalmente, la sustitución y ampliación de la planta productiva al calor de la competencia por la apertura de las economías, como era la expectativa neoliberal. Esperanza infundada en economías severamente afectadas por una larga postración, la asfixia de una deuda inmensa y la astringencia prolongada del financiamiento externo. No había las condiciones internas o externas de demanda o de ahorro para siquiera plantearse el arranque de una acumulación para la transformación.

¹⁰ Véase, por ejemplo, CEPAL, *Panorama social de América Latina, Edición 1991*, Santiago de Chile, octubre de 1991.

¹¹ Véanse, por ejemplo, los trabajos desarrollados por CEPAL al respecto, como son *Transformación productiva con equidad. La tarea prioritaria del desarrollo de América Latina y el Caribe en los años noventa*, Santiago, 1990; y la versión mejorada, *Equidad y transformación productiva: un enfoque integrado*, Santiago, 1992.

Y no sólo eso, sino que tuvo lugar una amplia destrucción de bases productivas por insuficiente mantenimiento, sea por falta de medios, exceso de desorganización o por simples errores. Con frecuencia, en nombre de un liberalismo dogmático se recortó el gasto público por el simple hecho de ser público, no en razón de ser deficitario, inútil o dispendioso. Y en ocasiones se inhibió el privado en atención a políticas coyunturales. La desgracia.

Pero también hubo ajustes exitosos en algunas industrias, que de ser protegidas pasaron a ser competitivas en los mercados mundiales. Fueron la excepción, casi siempre a cargo de empresas transnacionales, en algunos casos asociadas con capitales nativos. De esta manera, por ejemplo, en México se instalaron los primeros robots en la industria automotriz para la exportación. Igual ruta ha recorrido casi toda la modesta reconversión industrial que ha tenido lugar en América Latina.

LOS PARADIGMAS EN ENTREDICHO

En todo caso, las transformaciones han sido profundas, y han tenido grandes consecuencias, aun si todavía no en cuanto a poner en pie de competencia a la región. Una de tantas ha sido la conmoción de relaciones seculares y el vaciamiento de convicciones que marcaron la política de desarrollo.

Las formas de producción y su organización mundial apuntan hacia nuevas complementariedades que tornan en irrelevantes viejas reglas, como la que dictaba que en cada espacio nacional se debía reproducir la estructura industrial de los paradigmas desarrollados. Estas convicciones han sido ahora puestas en duda por las nuevas opciones y tendencias de estructuración mundial de los procesos industriales.

Los viejos paradigmas han sido dejados de lado por la realidad cambiante, al despojar de importancia aspectos que hasta hace poco eran considerados como condiciones para el desarrollo y objetivos indisputables. Es el caso de la centralidad tradicional atribuida a la gran industria en la estructura económica de cada país.

Tales expectativas fueron consecuencia lógica de lo que se consideró y procuró como desarrollo endógeno cabal y sano en la historia anterior. Dentro de este apetito de construcción de una economía nacional "completa", era sólo coherente, por ejemplo, procurar una relación estructural de correspondencia funcional entre las ramas industriales productoras de bienes de consumo y de bienes de producción, similar a la del modelo elegido.

Dentro de esta idea, se pensaba que los países subdesarrollados dejarían de serlo al transformarse en una suerte de clones grandes y chicos de los países adelantados. El derrumbe de tales creencias puede ser positiva como advertencia para América Latina contra los paradigmas.

LAS NUEVAS RELACIONES CAPITALISTAS

Lo cual no quiere decir que se haya vuelto irrelevante esa relación estructural entre la rama productora de bienes de consumo y la de bienes de producción. Más bien apunta a que la redefinición del capitalismo presiona a que esa y otras relaciones estructurales operen en espacios integrados mundiales.

Esto es, la connmoción no ha eliminado las relaciones fundamentales ni las contradicciones del capitalismo, sino que en muchos casos ha cambiado sus condiciones y circunstancias de operación. Es el caso del espacio necesario para la reproducción eficaz de los procesos productivos y de las relaciones económicas.¹² Lo que antes sucedía y se resolvía o no, en gran medida, dentro de los límites de la economía nacional, hoy se desborda cada vez con más frecuencia y se estructura en términos regionales, de bloque o mundiales.

Desde luego la redefinición de los espacios de reproducción del capitalismo pone en entredicho la idea de nación y los mandatos heredados de salvaguarda de la soberanía nacional, no para desecharlos sino para reconstruirlos. Es incómoda por imposible la expectativa de regulación y administración local de procesos y relaciones mundiales.

Con todo, el cambio mundial, y desde luego latinoamericano, es insuficiente. La realidad trasmutada ha elevado las transacciones comerciales, tecnológicas, financieras y laborales, en un nivel formidable, a su globalización. Pero es una globalización fragmentada e incierta, por las defensas proteccionistas y los bloques que se han creado para lograr una masa crítica de la acumulación.¹³

LA COMPETENCIA MUNDIAL REDEFINIDA

Uno de los resultados más espectaculares e importantes de los cambios ha sido la nueva manera de competir. La competencia ya no opera en términos de la confrontación tradicional de bienes o servicios en los mercados, sino que debe ser acompañada de informática y servicios financieros y de comercialización. Un indicio relevante de ello es que con creciente frecuencia las empresas exportadoras de la región deben invertir en el exterior para distribuir sus productos.

A su vez, todo proceso económico ligado a los mercados nacionales o externos (o sea, prácticamente todos) se mide de una u otra manera con la competencia mundial. Nada escapa a la confrontación, ni siquiera los espacios protegidos, ya que se filtra a través de las cadenas de producción e intercambio. Y no sólo eso. La simple comparación que permite la información actual sobre precios, calidades y diseños de productos nacionales con los extranjeros, genera un efecto de compe-

¹² Rhys Jenkins, *Transnational Corporations and Uneven Development: The Internationalization of Capital and the Third World*, Mathuen & Co., Londres, 1987.

¹³ Robert Z. Lawrence, "Developing Countries and Global Trading Arrangements", The Brookings Institution, Washington, 1991, inédito.

tencia. Confronta la ilusión cargada de fantasías, con productos locales cargados de defectos, malos diseños y precios elevados.

Esa comparación es el momento fundacional de la competencia, que se concreta con la adquisición de un producto y no de otro. Bajo condiciones del capitalismo precario y fragmentado en espacios nacionales, la competencia desplegaba sus efectos principales en la realización del intercambio. No más. En el mundo actual, esos efectos se adelantan y se autonomizan relativamente del acto de la compra-venta, por la globalización de la información.

LO QUE LE ESPERA A AMÉRICA LATINA

El triunfo reclamado por el neoliberalismo ofrece, en el mejor de los casos, una política económica excluyente, diferenciadora, injusta y empobrecedora de las mayorías. Su lado fuerte consiste en una forma de acumulación sustentada en la máxima concentración de la riqueza y de opciones para obtenerla, que lleva impunemente la explotación a niveles insospechados hasta hace poco. Sus argumentos, no sin méritos de eficacia dentro de su planteamiento, son la máxima competencia y el triunfo del más fuerte. Sus postulados de cultura mercantil son lo opuesto a las demandas de regulación social, redistribución de los beneficios del crecimiento, de restricciones a los excesos empresariales y nacionales.

Pero el rechazo al neoliberalismo no borra las cotas inescapables para cualquier alternativa, como son las normas de la competencia y de la globalización de las relaciones económicas. Sin duda, habrá que replantearlas mundialmente en contenido y práctica, pero por ahora es inevitable ajustarse a ellas para sobrevivir. O cargar inmensos costos sociales.

Por lo pronto la inserción de América Latina en las nuevas normas de reproducción del capitalismo, que es lo más urgente, depende estrechamente de la capacidad de adaptación a la competencia. Y de que se aprovechen las ventajas que tiene, que no son muchas, y sobre todo de crear nuevas.

Hay oportunidades. Los cambios en el capitalismo mundial apuntan hacia la terminación de la etapa más intensa de absorción por el mundo desarrollado de todos los recursos a la mano para su reconversión. Empiezan a generarse excedentes financieros y, por tanto, interés por colocarlos para reanudar, bajo nuevas pautas, las relaciones comerciales y las inversiones con el mundo atrasado.

Lo cual abre la única posibilidad real de reconversión extensa del aparato económico de América Latina en las condiciones actuales y de plazo medio. Los requerimientos financieros para sustituir la planta productiva y crear una plataforma mínima para competir, superan ampliamente la capacidad actual de ahorro de la región. Tómese en cuenta que no se trata más de sumar plantas industriales modernas, o de mecanizar el campo. Lo que se requiere es una adecuación global de la economía a las nuevas condiciones capitalistas, que supone cambiar partes

sustanciales de la infraestructura y ampliarla. Y desde luego, se requiere transformar el aparato productivo con extensas adecuaciones tecnológicas, que en su mayoría se deben importar, dentro de un orden de prioridades cuidadosamente elegidas, e ingeniosas soluciones de política económica. Es claro en este sentido que el giro prioritario hacia las actividades exportadoras no puede sostenerse si relega y hace retroceder a numerosos sectores sustentados por la demanda interna, no necesariamente por incompetentes, sino en ocasiones por la ausencia de apoyos crediticios, tecnológicos, fiscales.

Lo cierto es que se tiene que jugar la carta de la dependencia creciente, nueva, pero regulada, de la inserción en la globalización mundial, pero aprovechando cuanta oportunidad surja para ponerse a la cabeza de la competencia mundial en lo que se pueda. Es necesario replantearse los proyectos de integración y de colaboración internacional. La redefinición de las estrategias nacionales en un sistema mundial transnacionalizado demanda poner en duda la sabiduría tradicional y correr riesgos de soluciones insólitas. Es tiempo de osados.

Parte sustancial de la transfiguración del capitalismo y de sus consecuencias en América Latina ha consistido en la derrota mundial del trabajo que tuvo lugar a lo largo de los años ochenta, sin duda la más extensa y completa que ha sufrido en lo que va del siglo XX. Fue el cimiento del ajuste que ha facilitado el recambio y recuperación del capital.

En el lance, el trabajo ha sufrido pérdidas en salarios y prestaciones en todo el mundo, pero sobre todo en los países atrasados. Viejos logros fueron barridos por los apuros de mantener los puestos de trabajo y sobrevivir, sea por la astringencia del mercado de trabajo, por las amenazas más que reales de la crisis, o mediante simple represión, según caso y circunstancia.

Por lo pronto, el deterioro de las condiciones de vida y de trabajo en América Latina demandarán grandes esfuerzos para repararse, y ello a partir de una transformación económica profunda. Se perfilan largas luchas sociales, que además se harán en términos diferentes. Deberán “reconvertirse” para ser eficaces, adecuarse a la nueva internacionalización, como empieza a suceder en los países desarrollados. Sólo así podrán rescatarse derechos y defensas laborales, que sin duda serán diferentes, y tal vez se lograrán por caminos inéditos, como casi todo en el nuevo capitalismo.